

de seguridad que eviten que pueda repetirse una tragedia similar siguen en marcha

Arquitectura para volver a vivir

ANÁLISIS

Lo primero que recuerdo mientras caminaba desde la estación de tren de Miyagi fue la terrible imagen de la ciudad de Ishinomaki en junio de 2011. Acababa de llegar a Japón para colaborar como arquitecta en la reconstrucción de las ciudades destruidas por el terremoto y posterior tsunami, pero no podía imaginarme el alcance que esta tragedia tendría en las provincias del norte.

Ishinomaki, de 150.000 habitantes, había sido completamente destruida. Las casas que aún aguantaban en pie, amenazaban con colapsar de un momento a otro. Había ancianos por las calles buscando todavía algún rastro de sus pertenencias, se veían vehículos volcados, casas destruidas... Una línea negra marcada en las cubiertas que aún quedaban en pie señalaba la altura que llegó a alcanzar el agua, haciendo evidente la imposibilidad de miles de ciudadanos de escapar ante la ola que devoró todo en segundos.

En las poblaciones más cercanas al mar, como Onagawa, de 11.000 habitantes, la imagen de la destrucción era aún más terrorífica. Las casas en el camino estaban arrancadas de sus pilares y los nervios de acero de sus estructuras estaban doblados como si fueran hilos saliendo del hormigón. Cuando llegamos al refugio del polideportivo, una instalación reutilizada para dar cobijo a los supervivientes, descubrimos a una población sumida en el más absoluto desasosiego. Muchos ancianos me preguntaban: «¿Has visto a mi hijo? ¡Está aquí, seguro!» Y seguían deambulando por el lugar con la esperanza de encontrar a los miembros de sus familias desaparecidas hacía ya tres meses. Aquel día, Reiji Watabe, jefe de los trabajos de reconstrucción, me dijo: «En realidad todo esto que hacemos no servirá para los ancianos, porque es casi seguro que morirán de dolor y de soledad. Ya pasó durante el Gran Terremoto de Hanshin, en 1995 y es algo que no podemos evitar».

Tras esta experiencia, mi interés por la arquitectura se fue tornando más humano y social. Para mí fue muy importante entender cuál era la finalidad esencial de esta arquitectura de emergencia.

Tras la reconstrucción de las viviendas de Onagawa en 2011, participé en la reconstrucción de Kamaishi, Kesenuma, Rikuzentakata y Minamisanriku por medio de Architecture Global Aid, una organización fundada por voluntarios. Gracias a ella, pude cono-



Los arquitectos se movilizaron para idear viviendas para los refugiados

Algunas ciudades han tenido que ser reconstruidas partiendo de cero

Los planes urbanos incluyen vías de escape y refugios en zonas altas

cer a gente que supuso un ejemplo heroico de superación y de generosidad. Todos fueron líderes populares que supieron guiar a los habitantes de las ciudades

del norte a través de un periodo de oscuridad y que hoy en día son héroes anónimos. Los ejemplos son interminables, como el del estudiante de arquitectura Kazunari Fujimura, de 25 años, que usando su herramienta más valiosa, su sentido común, resolvió los espacios compartimentados para preservar la intimidad de los refugiados y aisló térmicamente los refugios individuales gracias a la donación, a través de una petición por internet, de una compañía de cartón corrugado. Fue clave la ayuda de los estudiantes voluntarios de Tokio, Osaka y Kyoto en la readaptación de instalaciones preexistentes como La fundación Cultural de la ciudad de Natori, el Centro Cívico de Ofunato o el Museo de San Juan Bautista en Miyagi. Todos se convirtieron en refugios de miles de ciudadanos durante meses.

El terremoto de 2011 dio lugar, casi de forma inmediata, a que varios grupos de arquitectos se movilizaran de forma rápida y eficaz. Shigeru Ban y Tadashi Saito son

algunos de los arquitectos que respondieron de forma inmediata e ingeniosa para idear viviendas temporales para los supervivientes. Al mismo tiempo, diversas universidades, estudios privados y talleres de trabajo se unieron a la recuperación de la costa, como ArchiAid, liderado por grandes y prestigiosos arquitectos de Japón nacidos alrededor de los 60, como Hitoshi Abe, Yoshiharu Tsukamoto y Momoyo Kaijima. El segundo de los grupos de acción fue el llamado Kisyn no Kai, formado por Toyo Ito, Riken Yamamoto, Hiroshi Naito, Kengo Kuma y Kazuyo Sejima.

De arriba a abajo, vista de la misma carretera de Minamisoma, cerca de la central de Fukushima, en marzo de 2011, 2012 y 2013. / AFP

Durante estos dos años, la arquitectura ha dado muestras de no ser una ciencia obsoleta y de la existencia de lugares en los que nuestra función es vital y pertenece al pueblo como

un nexo en el diálogo entre gobierno y ciudadanos para reconstruir ciudades que parten de cero.

La situación de emergencia, además, despertó una alarma general por parte del gobierno dirigida a la situación urbana de las ciudades situadas frente a la Placa del Pacífico, cuyo riesgo de desastre es elevado y cuya protección y medidas de seguridad aún hoy son precarias.

Las nuevas propuestas urbanas caminan hacia el establecimiento de vías de escape desde sólidas construcciones, capaces de resistir el empuje de un tsunami o el temblor de un terremoto, y lugares refugio situados en las cotas más altas, accesibles por medio de pasarelas.

En Tokio, los planes gubernamentales que se están hoy gestando incluyen la implantación de medidas de seguridad, como la revisión de espacios subterráneos en las redes de metro o el mantenimiento de las funciones básicas en caso de colapso de las generales, especialmente en zonas de alta densidad como el área de Shinjuku.

Si los terremotos de Kanto (1923) y de Kobe (1995) fueron momentos clave en la historia de Japón, al de 2011 cabe añadirle el giro histórico de la dirección en la que el país plantea sus nuevas ciudades y la reafirmación de la arquitectura como una entidad viva capaz de involucrarse en lo social y en la vida de los ciudadanos hoy más que nunca.

Andrea González es arquitecta del estudio SANAA y fundadora de la asociación Architecture Global Aid.